

# EPISTOLAS CATOLICAS

## INDICE

Introducción a las epístolas católicas .....	5
A.- Introducción al epístola de Santiago .....	5
1°.- Autor.....	6
2°.- Canonicidad.....	7
3°.- Fecha y lugar de composición .....	8
4°.- Destinatarios inmediatos .....	8
5°.- Contenido .....	9
6°.- Cuestiones doctrinales y morales .....	10
a.- El Sacramento de la Unción de los enfermos.....	10
b.- La fe y las obras.....	11
B.- Introducción a la primera epístola de San Pedro .....	12
1°.- El apóstol San Pedro .....	12
2°.- El autor .....	15
3°.- Destinatarios y circunstancias de su composición.....	17
4°.- Contenido .....	18
5°.- El Bautismo .....	19
6°.- Otros aspectos doctrinales .....	20
C.- Introducción a la segunda epístola de San Pedro .....	21
1°.- El autor .....	21
2°.- Destinatarios.....	23
3°.- Relación con la carta de San Judas.....	23
4°.- Contenido .....	23
5°.- La última venida del Señor.....	23
6°.- Los falsos maestros .....	24
7°.- Comportamiento moral .....	24
D.- Introducción a la epístola de San Judas .....	25
1°.- Autor.....	25
2°.- Autenticidad y canonicidad .....	26
3°.- Destinatarios y fecha de composición .....	27
4°.- Ocasión y finalidad.....	27
5°.- Plan y contenido .....	28
Bibliografía .....	28

## INTRODUCCION A LAS EPISTOLAS CATOLICAS

Las epístolas católicas forman un bloque de escritos que se reunieron quizás por tener de común el no ser de San Pablo. También tienen de común el hecho de que no vayan dirigidas a un personaje o comunidad en concreto. En efecto, a excepción de la II y III de San Juan, todas ellas se dirigen de modo genérico a los cristianos, sin referirse como hace San Pablo a un grupo determinado. Todas ellas tienen un contenido y una finalidad diferente. Ello hace que, de ordinario, no se den elementos comunes. S. Agustín afirma que se proponen refutar los errores que comenzaban a brotar en aquellos primeros tiempos <sup>(1)</sup>. En todas ellas se nos muestra la enseñanza y la catequesis de la Iglesia primitiva. Insisten, con tono pastoral, en instrucciones doctrinales y enseñanzas morales orientada a fomentar una vida profundamente cristiana.

En el s. IV Eusebio de Cesarea ya las presenta reunidas <sup>(2)</sup>. No siempre ocuparon el mismo lugar en las listas de los libros sagrados. Los grandes códices antiguos, Vaticano y Sinaítico, las ponen tras el libro de los Hechos de los apóstoles. Sin embargo, a partir de S. Jerónimo se presentan detrás de los escritos paulinos, incluida la carta a los Hebreos y antes del Apocalipsis. Tampoco dentro del mismo bloque han ocupado siempre el mismo lugar, apareciendo primero las dos de S. Pedro, como ocurre en la lista dada por Trento, quizá para resaltar la autoridad del primero de los apóstoles. Hoy el orden habitual es el de Santiago, S. Pedro, S. Juan y S. Judas.

No está claro por qué se llaman católicas. Algunos opinan que católicas sería equivalente a canónicas, resolviendo así la cuestión sobre su canonicidad. Otros piensan que católica quiere decir que dirigen a todas las iglesias, o bien por el contenido más genérico o universal. Orígenes fue el primero que dio este nombre a las epístolas primeras de S. Pedro y S. Juan, y a la de S. Judas <sup>(3)</sup>. Posteriormente Eusebio y S. Jerónimo extendieron este apelativo a las siete epístolas <sup>(4)</sup>.

En estos escritos tenemos la mayor parte de los escritos deutero-canónicos del Nuevo Testamento: Jac, 2 Pet, 2 y 3 Jn, y Jud. Eusebio las llamaba "antilegómena", discutidas <sup>(5)</sup>. Orígenes tenía sus dudas. En Occidente, a partir del s. IV se admiten como canónicas por todos, como lo confirman el concilio provincial de Hipona (año 393) y los concilios III y IV de Cartago (años 397 y 419). En algunas iglesias orientales, como la siríaca, también fueron disminuyendo las dudas y, a partir del s. VIII, se puede afirmar que son admitidas por toda la Iglesia como inspirados. En el s. XVI, los protestantes negaban la canonicidad de la epístola de Santiago. En el Concilio de Trento se define el canon y la incluye <sup>(6)</sup>. Hoy, incluso las Biblias protestantes suelen traer la epístola de Santiago. Las epístolas de San Juan, aunque forman parte del Corpus joanneum, junto al Apocalipsis, pertenecen también a la Epístolas católicas. No obstante no la incluimos en estos apuntes para uso privado de los alumnos por razones de falta de tiempo. Lo mismo ocurre con el Apocalipsis.

### A.- INTRODUCCION A LA EPISTOLA DE SANTIAGO

La Carta de Santiago encabeza el grupo de las llamadas católicas. A lo largo de los siglos ha sido poco comentada, probablemente porque contiene enseñanzas más morales que doctrinales. Sin embargo, a partir del siglo XVI ha ocupado más la atención de los comentaristas debido a la cuestión

<sup>1</sup> Cfr. De fide et operibus, 14,21.

<sup>2</sup> Cfr. Historia Eclesiástica, III, 25,2-3.

<sup>3</sup> Cfr. Eusebio de Cesarea, o.c., VI, 25,8.

<sup>4</sup> Cfr. Eusebio de Cesarea, o.c., II, 23,25; S. Jerónimo, De viris illustribus, II, 4.

<sup>5</sup> Cfr. Eusebio de Cesarea, o.c., III, 25,3.

<sup>6</sup> Cfr. Concilio de Trento, De libris sacris.

de la fe y las obras (cfr. 2,14-26). Este reducido número de comentarios antiguos y la complejidad de su lenguaje griego, muy culto, pero con claro trasfondo semita, explican que los estudiosos actuales sigan planteándose las cuestiones de autor, fecha de redacción, etc. Por otra parte, en los últimos decenios esta epístola viene suscitando un gran interés, porque refleja muy fielmente la exposición viva y espontánea del mensaje cristiano en las primeras comunidades y, además, es un claro exponente de la unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

### 1º. Autor

La carta comienza con una presentación escueta del autor: “Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo” (cfr. 1,1). La expresión “siervo de Dios” se aplica en el Antiguo Testamento a personas como Abrahán (cfr. Ps 105,42), Moisés (cfr. Jos 14,7), David (cfr. Ps 89,4) o los profetas (cfr. Am 3,7), que ejercieron una misión destacada en el pueblo. En el Nuevo Testamento, San Pablo se designa a sí mismo “siervo de Jesucristo” (cfr., p.ej., Rom 1,1; Phil 1,1). Del resto de la carta apenas pueden deducirse más datos personales del autor, excepto que se incluye entre los maestros (cfr. 3,1). Como tal, enseña con autoridad (cfr. 1,13 ss.; 3,13 ss.), amonesta severamente (cfr. 1,21ss.; 4,13 ss.) y recrimina (cfr. 4,1ss.) o amenaza (cfr. 5,1ss.) a sus lectores. Se trata, pues, de un autor conocido y de prestigio entre los primeros cristianos, de nombre Santiago.

Ahora bien, en el Nuevo Testamento se mencionan hasta cinco personajes con el mismo nombre, cosa nada sorprendente si se tiene en cuenta que Santiago -en hebreo \_\_\_\_\_, Ia'aqob-era muy común. Son los siguientes: Santiago, hijo de Zebedeo, llamado el Mayor (cfr. Mt 10,2; Lc 8,51; Act 1,13; 12,2); Santiago el de Alfeo, también apóstol, llamado el Menor (cfr. Mt 10,3; Mc 3,18; Lc 6,15; Act 1,13); Santiago el “hermano del Señor” (cfr. Gal 1,19; Mt 13,55; Mc 6,3); Santiago obispo de Jerusalén (cfr. Act 12,17; 15,13; 21,18; Gal 1,19) y Santiago, al que se le apareció Jesucristo resucitado (cfr. 1Cor 15,17). Los estudiosos admiten como suficientemente probado que el “hermano del Señor” es el obispo de Jerusalén, al que se le apareció el Señor resucitado; con ello las posibles personas distintas se reducen a tres: Santiago el Mayor, Santiago el Menor y Santiago el hermano del Señor que fue obispo de Jerusalén.

Santiago el Mayor fue martirizado por Herodes Agripa hacia el año 44 d.C. (cfr. Act 12,12) y parece que no pudo ser el autor de esta carta. Respecto a los otros dos, Santiago el Menor y Santiago el hermano del Señor, la iglesia griega los distingue pues celebra su fiesta en dos días distintos. Algunos autores se inclinan por dicha distinción. Aducen que los hermanos del Señor se distinguen de los apóstoles (cfr. Mt 12,46-50; Mc 3,31-35; Act 1,14), e incluso no creían en Jesús (cfr. Jn 7,3-7). Podemos decir que uno de ellos podría, sin embargo, haberse integrado en el grupo de los apóstoles. Por otro lado la iglesia latina los identifica en su liturgia. Por su parte S.Pablo lo llama apóstol en Gal 1,19 al decir que no vio a ningún apóstol, excepto a Santiago el hermano del Señor. También sucede que S.Lucas, al contrario de lo que ocurre en el evangelio donde habla de Santiago el de Zebedeo y el de Alfeo, en los Hechos cuando muere Santiago el Mayor ya sólo se habla de un Santiago, a veces sin especificar dado que ya no había posibilidad de equívoco (cfr. Act 12, 17; Gal 2,9.12). Por todo ello, aunque los datos no son definitivos para dirimir si se trata de una o dos personas, es probable que sea la misma. Así, pues, Santiago el de Alfeo era pariente de Jesucristo, hijo de una de las mujeres de nombre María, que acompañaban a la Virgen junto a la Cruz (cfr. Mt 25,56; Ioh 19, 25). Después de la marcha de San Pedro a Roma, quedó como cabeza de la comunidad de Jerusalén (cfr. Act 12, 17; 21,18ss.) y como tal recibió la visita de San Pablo después de su conversión (cfr. Gal 1,19). Fue martirizado hacia el año 62 d.C. por instigación del Sumo Sacerdote Anano II <sup>(7)</sup>.

<sup>7</sup> Cfr. Flavio Josefo, Antiquitates iud., XX,9.1; Eusebio de Cesarea, Historia Eclesiástica, II, 23,19-23.

En conclusión, sostenemos que es bastante probable que el autor de la carta es Santiago, el “hermano del Señor” y obispo de Jerusalén. Probablemente es el mismo que los Evangelios nombran como el Santiago Apóstol, hijo de Alfeo (cfr. Mt 10,3; Me 3,18). El estudio interno de la carta confirma la autenticidad jacobea: por una parte, el trasfondo semita, las citas frecuentes del Antiguo Testamento y las expresiones aramaizantes cuadran mejor en un autor de raigambre judía. Por otro lado es innegable el espíritu cristiano que rezuman las enseñanzas de la epístola. Su mismo carácter eminentemente pastoral aboga por un autor responsable de una comunidad cristiana, como era el obispo de Jerusalén. La dificultad que suele aducirse de que utiliza lenguaje griego muy perfecto, poco normal en un habitante de Palestina, se explica si, como era frecuente en la época, Santiago utilizó un secretario o amanuense versado en griego.

Ante estos datos no se mantiene la hipótesis de algunos comentaristas que han asignado la carta a un autor judío anónimo pre-cristiano del siglo I a.C., admitiendo que después se hicieron algunos retoques “para cristianizarla”. También carece de fundamento serio la llamada hipótesis pseudoepigráfica, es decir, la de quienes piensan que fue escrita a finales del siglo I o principios del II d.C. por un autor desconocido que, para dar autoridad a su obra, la asignó a Santiago. La mayoría de los argumentos son de tipo interno, de ordinario muy problemáticos, sin tener en cuenta, por otra parte, el testimonio de la tradición que atribuye este escrito a Santiago el hermano del Señor. Es utilizada por S.Clemente Romano <sup>(8)</sup>, por el Pastor de Hermas <sup>(9)</sup>, S.Justino <sup>(10)</sup>, Ireneo <sup>(11)</sup>, etc.

A partir de Orígenes, que la cita llamándola “de Santiago” <sup>(12)</sup>. Eusebio narra que la mayor parte de las iglesias orientales leían esta carta atribuyéndola a Santiago <sup>(13)</sup>. Entre las iglesias de Occidente tardó más en ser admitida, aunque a partir del siglo IV esa diferencia en cuanto a la autenticidad desaparece.

## 2º. Canonicidad

Respecto a su carácter de escrito inspirado, ya hemos visto como los Santos Padres la citan como escrito sagrado, sobre todo a partir del siglo III. Pero hay alusiones más antiguas, incluso en las cartas de San Pedro y de San Judas <sup>(14)</sup>.

El primer testimonio explícito a favor de la canonicidad proviene de Orígenes (185-255) <sup>(15)</sup>, que recoge una tradición egipcia que se remonta al siglo II d.C., en que ya era considerada la carta como escritura sagrada. A partir de Orígenes no hay ninguna duda en la comunidad alejandrina. Eusebio de Cesarea menciona la carta entre los escritos antilegomena, “discutidos”, si bien reconoce que es aceptada por la mayoría <sup>(16)</sup>, y él mismo, como testigo de la tradición palestinese, la considera anónima. A partir del concilio provincial de Laodicea (hacia el año 360) aparece en todos los catálogos de libros inspirados. Desde entonces no ha habido dudas acerca de su canonicidad hasta el siglo XVI se puso en duda de nuevo la autenticidad, más que respecto a su canonicidad. Así Erasmo y Cayetano dudaron en relación con la persona de Santiago. Por su parte Lutero, llamándola despectivamente “epístola de paja”, la rechazó porque veía franca contradicción entre la doctrina de la carta y su teoría

<sup>8</sup> Cfr. Epístola a los Corintios, 10,1; 30,2 en relación con Iac 2,23; 4,6.

<sup>9</sup> Cfr. Mand. 9,1-10 en relación con Iac 1,5-8; Sim. 8,6,4 con Iac 2,7.

<sup>10</sup> Diálogo con Trifón, 49,8 en que alude a Iac 2,19. En Apología I,16,5 en relación a Iac 5,12.

<sup>11</sup> Adversus haereses 4,16,2 y 5,1,1 se alude a Iac 2,23 y 1,18.

<sup>12</sup> Cfr. Comm. in Joan. 19,6. PG 14,569. In Jos. Hom. 7. PG 12,857.

<sup>13</sup> Cfr. Historia Eclesiástica, 2,23-25.

<sup>14</sup> Basta comparar, entre otros textos, Iac 1,1 con 1 Pet 1,1 y con Ids 1; Iac 1,18 con 1 Pet 1,23; Iac 1,2-3 con 1 Pet 1,6; Iac 4,6-10 con 1 Pet 5,5-9.

<sup>15</sup> Cfr. In Iesu Nave, VII; In Ioann. comm. 19,6.

<sup>16</sup> Cfr. Eusebio de Cesarea, Historia Eclesiástica, III, 25, 3.

de la justificación. Por el contrario los otros reformadores, como Melachton y Calvino la aceptan <sup>(17)</sup>. El Concilio de Trento, fundado en la tradición multisecular de la Iglesia, definió solemnemente su canonicidad.

### 3º. Fecha y lugar de composicion

Se consideran dos posibilidades, que dependen de la relación entre Santiago y San Pablo respecto al tema de la fe y las obras. Dado que al abordar esta cuestión se utilizan los mismos textos bíblicos en esta carta que en Romanos y Gálatas, algunos han sostenido que Santiago fue el primero que habló de ella, antes de que surgieran los problemas que se solucionaron en el Concilio de Jerusalén (hacia el año 49-50). Según esta opinión, la Epístola de Santiago sería el escrito más antiguo del Nuevo Testamento, entre el año 35 y el 50. Esta segunda opinión nos parece la más probable, dados los indicios de un cristianismo primitivo: estadio embrionario de la cristiandad (cfr. Iac 2,2). Parece anterior al Concilio de Jerusalén ya que no alude a la crisis judaizante ni a las decisiones de dicho Concilio apostólico. Además, la cristología está poco desarrollada. Presenta más afinidad con la predicación petrina que con la paulina. La situación de Palestina se comprende mejor si estamos en los años anteriores al 50. Otro argumento es que Pedro y Judas emplearon este documento y reflejan se claramente su influencia ( Cfr. Iac 1,18 y 1 Pet 1,23; Iac 1,2-3 y 1 Pet 1,6s.).

No se puede descartar tampoco la posibilidad de que Santiago conociera las epístolas de San Pablo a Gálatas y Romanos, escritas hacia el 54 y 58 respectivamente y, sin mencionarlas, se propusiera salir al paso de ciertas conclusiones erróneas que algunos pretendían sacar de ellas. En este caso, la fecha más probable sería hacia el año 60 d.C., poco antes del martirio de su autor. El lugar de composición debió ser Palestina, como parece deducirse del comienzo y del ambiente que refleja.

Como hemos indicado, carecen de fundamento las hipótesis que asignan la carta a un autor pre-cristiano, o las teorías que retrasan su composición al siglo II d.C., cuando ya los apóstoles habían muerto.

### 4º. Destinatarios inmediatos

La epístola va dirigida “a las doce tribus de la dispersión ( \_\_\_\_\_, diasporâ)” (Iac 1,1), es decir, de la diáspora. Con esta expresión se designaba a los judíos que vivían fuera de Palestina, entre los gentiles; por ello, quienes han pretendido ver en la carta un escrito judío pre-cristiano se han apoyado fundamentalmente en estas palabras. Pero son muchos los detalles que avalan el origen cristiano de la epístola, por ejemplo, las referencias explícitas a Jesucristo (cfr. 1,1 y 2,1), la alusión al “hermoso nombre” que ha sido invocado sobre ellos (cfr. 2,7) y a la Parusía del Señor (cfr. 5,7-8). Además, las exhortaciones morales están íntimamente relacionadas con las que hizo Jesucristo, sobre todo en el Sermón a Montaña, recogidas por San Mateo (cfr. Mt 5-7): así, por ejemplo, el gozo en el sufrimiento (cfr. 1,2.12 en relación con Mt 5,11ss.); los pobres heredarán el Reino (cfr. 2,5 con Mt 5,3); los misericordiosos alcanzarán misericordia (cfr. 2, 13 con Mt 5,7); la prohibición del juramento (cfr. 5,12 con Mt 5,37); etc.

Por otra parte, también los cristianos podían ser denominados “las tribus de la dispersión”, puesto que son depositarios y herederos de las promesas patriarcales y peregrinan en tierra extraña mientras están en esta vida (cfr. 1 Pet 1,1; 2,11; Heb 11,13). Con mayor razón podían ser designados así los cristianos provenientes del judaísmo y residentes fuera de Jerusalén.

---

<sup>17</sup> Cfr. J.Calvino, Comm. in Iac., Brunsvingia 1897, p.58.

Siendo los destinatarios inmediatos judíos convertidos, se comprende que Santiago utilice expresiones similares en un ambiente hebreo: p. ej., “oyentes de la palabra” (cfr. 1,22-25); “asamblea” (sinagoga, en el texto griego: cfr. 2,2); la mención de personajes bíblicos del Antiguo Testamento (Abrahán, Rahab, Job, Elías); el título “Señor de los ejércitos” (cfr. 5,4); etc. En cambio, no menciona pecados frecuentes entre los paganos, como la idolatría, las costumbres disolutas, la embriaguez, etc., como hará Pablo al dirigirse a cristianos provenientes de los gentiles (cfr. 1 Cor 6,9-11; Gal 5,19-21; etc.). A la vez, como hemos indicado, toda la carta está impregnada de espíritu cristiano.

Sobre las circunstancias que motivaron este escrito, apenas se conoce algo más de cuanto la misma carta nos aporta, a saber, que en aquellas comunidades cristianas han aflorado una serie de defectos que amenazaban su buena marcha. Casi todos los desórdenes denunciados se refieren al comportamiento de unos con otros: la murmuración (cfr. 5,9), la celotipia y las rencillas (cfr. 3,14-16; 4,1-3), la maledicencia (cfr. 4,11ss.), etc. y muy especialmente las desavenencias entre pobres y ricos: contra éstos escribe con crudeza extrema (cfr. 2,1-13; 5,1-6), haciéndoles ver que no pueden desentenderse de los más desheredados, pensando sólo en el propio provecho.

### 5º. Contenido

La enseñanza que da unidad a toda la carta es la coherencia entre la fe y la vida del creyente: el comportamiento cristiano ha de reflejar en cada momento la fe que se profesa.

Lógicamente la carta no tiene la estructura propia de un tratado sistemático. Como los escritos sapienciales judíos, de los que son buen ejemplo los Proverbios, Eclesiastés y Sabiduría, tiene más bien un orden que podríamos llamar psicológico y pedagógico. Según esto, una palabra sugiere otro tema diverso, utilizando términos con la misma asonancia, repitiendo una y otra vez -como en círculos concéntricos- la misma idea, utilizando máximas breves; etc. De esta forma, el oyente o el lector retienen con más facilidad las enseñanzas. Estos datos desautorizan la opinión de quienes han querido ver en la carta una serie de homilías pronunciadas en circunstancias diversas y recopiladas más tarde. No hay que olvidar que el conjunto de recomendaciones tiene una unidad básica.

Según esto, a sabiendas de que falta un esquema rígido puede dividirse en tres grandes partes. La primera es un elenco de instrucciones preparatorias, la segunda recoge expresamente la enseñanza fundamental de la coherencia entre la fe que se profesa y las obras que se practican, mientras que la tercera consiste en una serie de aplicaciones concretas del principio fundamental.

I. La primera parte (1,1-2,13) comienza después del escueto encabezamiento y saludo (cfr. 1,1). Abarca una serie de instrucciones relacionadas entre sí, hasta el punto de que es difícil señalar cuándo termina una y cuándo comienza la siguiente: enseña el valor del sufrimiento (cfr. 1,2-12); subraya que de Dios únicamente puede provenir el bien y que, por tanto, El no tienta al hombre ni busca su mal (cfr. 1,13-18); aceptar lo que proviene de Dios implica poner por obra la palabra oída (cfr. 1,19-27) y evitar la acepción de personas (cfr. 2,1-13). En todas estas enseñanzas va aflorando la necesidad de que no haya rupturas entre lo que se recibe de Dios y lo que se refleja en la vida práctica.

II. La segunda parte (2,14-26) recoge la idea central: la fe que no se traduce en obras está muerta (cfr. 2,14-19). Una y otra vez repite la misma temática a modo de estribillo, y aduce como argumentación básica el testimonio de personajes bíblicos bien conocidos (cfr. 2,20-26).

III. En la tercera parte (3,1-5,6) las aplicaciones prácticas se agolpan y entrelazan: se exhorta a dominar la lengua (cfr. 3,1-12); a buscar la verdadera sabiduría y rechazar la falsa (cfr. 3,13-18); a detectar el origen de las discordias (cfr. 4, 1-12); y a confiar plenamente en la Providencia divina, sin encerrarse en los propios negocios (cfr. 4,13-17) ni en las riquezas, pues esto da origen a injusticias

flagrantes (cfr. 5,1-6). En esta parte, el autor sagrado adopta un tono más severo, más vivo, más rotundo incluso, haciendo ver que la conducta desviada no puede compaginarse con la profesión de fe cristiana.

IV. Termina la carta con la exhortación final, unas recomendaciones escuetas en la expresión, pero profundas de contenido (cfr. 5,7-20): insiste en mantenerse fieles con paciencia y constancia (cfr. 5,7.11); enseña el valor de la oración (cfr. 5,13-18), animando a ponerla en práctica en todo momento; se detiene en el sacramento de la Unción de los enfermos (cfr. 5,14-15); por último, recomienda la preocupación que los cristianos han de tener unos por otros (cfr. 5,19-20).

## 6º. Cuestiones doctrinales y morales

La epístola tiene una finalidad eminentemente moral y ascética; de ahí que abunden especialmente las exhortaciones y advertencias: el comportamiento ante las contrariedades y las tentaciones (cfr. 1,2-4.12; 5,7-11); el logro de la equidad en el juicio sobre las personas, evitando murmuraciones, difamaciones, etc. (cfr. 1,19.26; 3,1-17); el desprendimiento de las riquezas y la preocupación por los pobres y necesitados (cfr. 1,9-11; 2,1-7; 5,1-6); la práctica de la oración (cfr. 1,5-8; 4,2-3; 5,13-16); la corrección de los descarriados (cfr. 5,19-20). Tales son los temas principales de la epístola.

Los elementos doctrinales, aunque no son abordados directamente, subyacen a lo largo de toda la carta. Con frecuencia aparecen los atributos y acciones de Dios: Creador (cfr. 1,17; 5,4;3,9), Padre (cfr. 1,27; 3,10), Remunerador y Juez (cfr. 4,12), Salvador misericordioso (cfr. 2,13). Salvo en 1,1 y 2,1 no se menciona explícitamente a Jesucristo, pero es presentado como Señor y Salvador, se alude a la Parusía del Señor (cfr. 5,8) y a su calidad de Juez (cfr. 5,9), y además sus enseñanzas resuenan en toda la epístola. Se habla de la Iglesia como comunidad de fieles (cfr. 2,2), en la que los maestros (cfr. 3,1) y presbíteros (cfr. 5,14) tienen funciones específicas de dirección y de administración de los sacramentos (cfr. 1,18; 2,7; 5,14).

### a. El Sacramento de la Unción de los enfermos

Aparte de la alusión a este Sacramento en Mc 6,13, esta carta es el único lugar del Nuevo Testamento donde se habla expresamente de la Unción de los enfermos: “¿Está enfermo alguno de vosotros? Que llame a los presbíteros de la Iglesia, y que oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le hará levantarse, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados” (cfr. Iac 5,14-15). En las palabras de Santiago se ven reflejados los elementos del Sacramento: es un signo sensible con materia remota (aceite), materia próxima (la unción), forma (plegaria litúrgica), ministro (presbíteros), sujeto (el enfermo cristiano) y efectos (curación y salvación). La Iglesia ha definido solemnemente que este Sacramento fue instituido por Jesucristo <sup>(18)</sup> y ha recomendado vivamente su administración, basándose en las palabras de esta carta: “Por la unción sagrada de los enfermos y por la oración de los presbíteros, toda la Iglesia encomienda los enfermos al Señor paciente y glorioso, para que los alivie y los salve” (Iac 5,14-16); incluso los anima para que se unan libremente a los sufrimientos y a la muerte de Cristo (cfr. Rom 8,17; Col 1,24; 2 Tim 2,11-12; 1 Pet 4,13), y contribuyan así al bien del Pueblo de Dios <sup>(19)</sup>.

### b. La fe y las obras

La enseñanza central de la carta es la coherencia entre la fe y las obras. Con sencillez y viveza, el autor sagrado expone esta doctrina especialmente en 2,14-26, una sección que recuerda por su tono a

<sup>18</sup> Concilio de Trento, Sess. XIV, cc.1-4.

<sup>19</sup> Lumen gentium, n.11.

los libros sapienciales del Antiguo Testamento, y podría ser una muestra de las catequesis en aquellas primeras comunidades cristianas. Comienza con el comportamiento absurdo de quien, ante un necesitado, en lugar de prestarle ayuda, se limita a darle buenos consejos (vv.14-16), para grabar en los cristianos este principio moral: “La fe, si no va acompañada de obras, está realmente muerta” (v.17). Reafirma esta enseñanza con el ejemplo de personajes conocidos y bien seleccionados: por una parte los demonios, cuya fe de nada les sirve (v.19); en contraste, Abrahán y Rahab, que reflejaron su fe en las obras, quedaron justificados (vv.20-26).

Esta doctrina católica fue aceptada pacíficamente hasta la reforma protestante, que vio en este texto un obstáculo insalvable para su teoría sobre la justificación por la sola fe, sin las obras; Lutero fue el más acérrimo enemigo de esta carta, a la que llegará a calificar de “epístola de paja”.

A partir de entonces, en los sectores protestantes, se ha pretendido ver en este texto una corrección a S.Pablo, concretamente a las palabras de Rom 3,20-31 y Gal 2,16; 3,2.5.11.

Indudablemente, hay un paralelismo entre estos escritos, semejanzas en la argumentación y hasta en las palabras: aluden a Abrahán, como modelo de hombre que fue justificado (cfr. Iac 2,21-25 y Rom 4,1-3), y utilizan los mismos términos -fe, obras, justificación- para exponer la doctrina. Basta comparar dos textos, para comprobar la semejanza en las palabras y la aparente contradicción:

Iac 2,24: “El hombre queda justificado por las obras, y no por la fe solamente”.

Rom 3,28: “El hombre es justificado por la fe, con independencia de las obras de la ley” (cfr. Gal 2,16).

Ahora bien, aunque el vocabulario es idéntico, la perspectiva es diferente y no hay contradicción: S.Pablo afirma que la fe actúa por la caridad (cfr. Gal 5,6). Sin embargo, en polémica con los judaizantes, reprueba que las obras de la Antigua Ley sean necesarias: lo que importa es la fe. Santiago quiere insistir sobre todo en que la fe ha de reflejarse en el comportamiento. Puede decirse que Santiago matiza y corrige las desviaciones erróneas que algunos pudieran deducir del planteamiento correcto de S.Pablo.

Las obras para Santiago son el comportamiento moral, que debe ser coherente con la verdad aceptada. Para San Pablo las obras son las normas legales de la Antigua Ley que en sí ya no tienen valor, una vez que Jesucristo ha promulgado la Nueva Ley.

La justificación en esta carta es la perfección moral, que se alcanza, una vez conferida la gracia, con el ejercicio de las virtudes, con el buen comportamiento; para San Pablo la justificación es lo que suele llamarse justificación inicial, es decir, la unión con Dios mediante la gracia primera. Queda, pues, claro que ambos autores inspirados no se contradicen; en cualquier caso es necesaria la adhesión a Dios (“fe” en San Pablo), que abarca el asentimiento a las verdades reveladas (“fe” en Santiago), reflejadas en una vida cristiana coherente (“obras” en Santiago). Esta coherencia cristiana entre fe y obras la exige San Pablo cuando escribe que la fe “actúa por la caridad” (cfr. Gál 5,6; cfr. 1Thes 1,3; 2Thes 1,11), o “el que ama al prójimo ha cumplido plenamente la ley” (Rom 13, 8) o cuando se refiere al justo juicio de Dios “el cual retribuirá a cada uno según sus obras” (Rom 2,6).

Por otra parte existen puntos comunes entre Santiago y S.Pablo. Así en el tema de la paciencia en la prueba se pueden ver Iac 1,12 en relación con Rom 5,3-5. También la situación entre ley natural y ley escrita se trata en Iac 1,21 de forma similar a Rom 2,14-15), así como la necesidad de cumplir la ley y no limitarse tan sólo a oír (cfr Iac 1,2 y Rom 2,13). Por estas coincidencias se puede afirmar que ambos hagiógrafos abordan las cuestiones de forma semejante aunque luego dejen sentir su propio punto de vista. Por otro lado, podemos decir que tanto uno como otro autor reflejan corrientes ya presentes en los escritos judíos, especialmente en los de Qumrán.



## B.- INTRODUCCION A LA PRIMERA EPISTOLA DE SAN PEDRO

### 1º. El apóstol San Pedro

Tanto los Evangelios, como los Hechos de los Apóstoles y las epístolas paulinas, nos ofrecen datos suficientes sobre San Pedro, para -sin hacer una biografía del Apóstol- mostrar los rasgos más característicos de su persona. Si en los demás casos siempre es interesante conocer el autor y su entorno para conocer mejor su obra, en el caso de S.Pedro lo es aún más, dada su importante participación en la vida de la Iglesia y el papel decisivo que Cristo le asignó. Por ello nos extendemos un poco más, aprovechando para recordar algunos aspectos de la teología petrina ya que en definitiva, a pesar de las opiniones en contra, sostenemos la presencia de S.Pedro en este escrito.

Originariamente se llamaba Simeón -en lengua hebrea (cfr. Act 15,14; 2 Pet 1,1.) -o Simón -forma griega del mismo nombre (cfr. Mt 16,17; Lc 22,31; Jn 1,42; 21,15-17.)-. Jesús, ya en el primer encuentro que tuvo con él, le impuso el sobrenombre de

Cefas (cfr. Jn 1,42.). De esta palabra, que en lengua aramea -común entre los judíos de aquella época- significa piedra o roca,

deriva el nombre de Pedro, al traducirla al griego. Con ese sobrenombre se aludía al papel de fundamento de la Iglesia que desempeñará por voluntad de Cristo.

Simón Pedro era -como su hermano Andrés y el apóstol Felipe-natural de Betsaida (cfr. Jn 1,44), ciudad de Galilea, en la ribera nordeste del lago de Tiberíades o Genesaret. Su padre es llamado Juan en Jn 1,42 y 21,15-17, mientras que en Mt 16,17 se le llama Jonás, posiblemente una forma abreviada del término hebreo \_\_\_\_\_, Johanan, correspondiente a Juan. Como su hermano Andrés, era pescador (cfr. Mt 4,18). Sabemos que estuvo casado, puesto que Jesús curó a su suegra, que vivía en Cafarnaún (cfr. Mt 8, 14). Sin embargo, nunca se habla ni de su mujer ni de sus hijos. Por otra parte, su vida desde el primer encuentro con el Maestro girará en torno a la tarea encomendada por el Señor.

Antes de conocer a Cristo, parece que había sido discípulo del Bautista, como su hermano Andrés (cfr. Jn 1,35.40). Fue éste quien le condujo a Jesús (cfr. Jn 1,40-42), iniciando así una relación que cambiaría el rumbo de su vida. Es un dato más de su preocupación religiosa y de su carencia de vínculos familiares que le pudieran impedir seguir luego a Jesús.

Es de suponer que estuviera presente en el primero milagro que hizo Jesús, el de la bodas de Caná (cfr. Jn 2,1-11), cuando los discípulos vieron la manifestación de la gloria de Jesús y creyeron en Él. Después baja con el Señor a Cafarnaún (cfr. Jn 2,12). Alterna su vinculación con el grupo de Jesús con su oficio de pescador. Escucha las enseñanzas de Jesús y presencia los milagros del Señor (cfr. Lc 4,31-5,7), hasta recibir la llamada definitiva. Pedro obedece de inmediato, junto con su hermano Andrés y los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, los cuatro amigos dejándolo todo siguieron al Señor (cfr. Lc 5,11; Mt 4,22; Mc 1,18). Era el segundo encuentro con el Señor, en que les llama en su seguimiento. Pero será en otra ocasión cuando el Señor los nombre enviados o mensajeros de su doctrina, apóstoles suyos.

En efecto, después de una noche pasada en oración, el Señor “llamó a sus discípulos, y eligió a doce entre ellos, a los que denominó Apóstoles” (Lc 6,12), que significa enviados. En las cuatro listas del Nuevo Testamento, donde se enumeran a los Doce, Simón Pedro ocupa siempre el primer lugar (cfr. Mt 10,2-4; Mc 3,16-19; Lc 6,14-16; Act 1,13). En el elenco que nos da S.Mateo lo llama

\_\_\_\_\_, prôtos, “el primero”. Al ser sólo él quien recibe dicho adjetivo ordinal, se sugiere su condición de cabeza principal en el grupo.

Dentro del Colegio apostólico forma parte, junto con Santiago y Juan, del grupo de los más íntimos, los únicos que fueron testigos de la resurrección de la hija de Jairo (cfr. Mc 5, 37), de la transfiguración del Señor (cfr. Mt 9,2), y de su agonía en Getsemaní (cfr. Mc 14,33). De esa forma su fe se fortaleció de modo especial, pues si presenciaron el abatimiento máximo del Señor, también presenciaron por dos veces la grandeza de su poder y el apoteosis de su Gloria.

Por su modo de ser, y también por la preferencia de que le hizo objeto el Maestro, Pedro es en muchas ocasiones el portavoz de los demás apóstoles. Así, pide al Señor que les explique la parábola sobre la pureza de corazón (cfr. Mt 15,15). Cuando Jesús habla de entrega total, incluso de prescindir de una posible familia, por seguirlo, Pedro pregunta cuál será la recompensa para ellos que lo han abandonado todo (cfr. Mt 19,27). Después del discurso sobre el Pan de vida en la sinagoga de Cafarnaún, cuando el Señor les pregunta si ellos, como la muchedumbre e incluso todos los demás discípulos, se quieren marchar, Pedro responde en nombre de los Doce: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6, 68-69). Se percibe la sinceridad y sencillez del pescador de Galilea. No es que comprenda las palabras del Señor. Sólo entiende que, de todos los maestros, el único que les queda es Jesús. Por eso, porque no tienen a quien ir, acuden al joven y fascinante Rabbí de Nazaret.

Hay que destacar el episodio ocurrido en Cesarea de Filipo, donde el Señor preguntó a los apóstoles: “Vosotros, ¿quién decís que soy yo?. Respondiendo Simón Pedro dijo: Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo” (Mt 16,15-16). Es entonces cuando, de modo solemne y explícito, Jesús le confiere la condición de ser piedra de la Iglesia, al mismo tiempo que le otorga el poder supremo: “Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que atares sobre la tierra quedará atado en los Cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, quedará atado en los Cielos” (Mt 16,18-19). En este pasaje se apoya la doctrina sobre el primado de Pedro y de sus sucesores, así como el poder de las llaves que conlleva el don de la infalibilidad cuando el Sumo Pontífice habla expresamente “ex cathedra” en materia de fe y costumbres, según fue definida como doctrina de fe para los católicos en el Concilio Vaticano I<sup>(20)</sup>. Durante un tiempo los que se oponían a esta doctrina hablaban de el pasaje de Mt 16,18-19 era una interpolación al texto original. Hoy día esa postura es inadmisibles, ya que todos los mejores manuscritos la atestiguan. O.Cullmann, en su obra sobre S.Pedro, admite la autenticidad del pasajes y, en consecuencia, la supremacía de Pedro, aunque estima que se trata de algo personal e intransferible<sup>(21)</sup>. P.Benoit rebate su postura<sup>(22)</sup>. Digamos que si los privilegios de Pedro se refirieran a su propia persona solamente, entonces serían intransferibles. Pero si esos poderes están en función del gobierno de la Iglesia como tal, han de seguir ejerciéndose en tanto en cuanto la Iglesia exista. Lo mismo que los demás poderes apostólicos fueron conferidos por los apóstoles a quienes le sucedieron en la tarea de enseñar, apacentar y santificar la Iglesia, de la misma forma los poderes conferidos a Pedro en función de toda la Iglesia, han de pasar a quienes le sucedan hasta el final de los siglos. Así lo entendieron desde el principio los cristianos, como enseñan los Santos Padres según el testimonio de la Tradición.

Otro pasaje que nos habla de la especial situación de Pedro entre los demás apóstoles lo tenemos en la Última Cena. El Señor anuncia sus negaciones en el momento de la Pasión. Sin embargo, aunque conoce de antemano su debilidad y cobardía, el Señor le dice en el Cenáculo: “Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo. Pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe; y tú, cuando te conviertas confirma a tus hermanos” (Lc 22,31-32).

<sup>20</sup> Cfr. Sesión IV, cap.1-4.

<sup>21</sup> Cfr. O.Cullmann, Saint Pierre, Disciple-Apôtre-Martyr, Neuchatel-París 1952, p.183ss.

<sup>22</sup> Cfr. "Revue Biblique", 60(1953)566ss (ver).

Finalmente, después de su Resurrección, el Señor confiere de nuevo a Pedro, ahora de modo directo y sin metáforas, esos poderes de apacentar y gobernar a toda la Iglesia en su nombre (cfr. Jn 21,15-17).

Tras la Ascensión del Señor, Pedro ocupa, sin discusión alguna, el primer puesto entre los apóstoles: propone y preside la elección de Matías, en sustitución del traidor Judas, estableciendo los requisitos que debe cumplir el candidato (cfr. Act 1,15-22); pronuncia el primer discurso que anuncia la Buena Nueva al pueblo el día de Pentecostés, no titubeando a la hora de proclamar la Resurrección de Cristo en el mismo lugar donde había sido ajusticiado (cfr. Act 2,14-40); obra en nombre de Jesús los primeros milagros, destacando en los prodigios que realiza. Hasta el punto de que su misma sombra servía en ocasiones para curar a los enfermos (cfr. Act 3,6-7; 5,15: 9,36-41); toma la palabra ante el Sanedrín para justificar la predicación de los apóstoles (cfr. Act 4,8-12; 5,29-32); condena a Ananías y Safira (cfr. Act 5,1-11), así como a Simón el mago (cfr. Act 8,8-12; 5,29-32).

Es cierto que S.Pablo será el Apóstol de los gentiles. Sin embargo es S.Pedro el que por vez primera, instruido por una visión de Señor, abre a los gentiles la entrada en la Iglesia a una familia pagana, la de Cornelio (cfr. Act 10,9-48; 11,1-18). El mismo San Pablo, una vez convertido, y a pesar de haber recibido el evangelio por una revelación de Jesucristo (cfr. Gal 1,11-12), subió alrededor de año 39 a Jerusalén, para ver a Cefas -así lo suele llamar habitualmente- y permaneció con él quince días (cfr. Gal 1,18-19), señal clara de la veneración que San Pablo tenía hacia el elegido por el Señor como cabeza visible de la Iglesia. Es cierto que en una ocasión S.Pablo recrimina a S.Pedro su conducta, pero ello no quiere decir que se considerase superior a él. Al contrario, el hecho de que se enfrente precisamente con S.Pedro es señal de lo importante y decisivo que era la conducta del primero de los apóstoles de cara a toda la Iglesia.

El hecho ocurrió en Antioquía y nos lo narra S.Pablo en Gal 2,11-14. Poco antes, en la misma carta, lo ha considerado como columna de la Iglesia de la Iglesia, junto a Santiago y Juan, ocupando el centro de los tres enumerados (cfr. Gal 2,9). Pero en Antioquía, Pedro cede ante los judaizantes que se empeñaban en conservar las normas de la ley mosaica. Era tal la oposición de aquellos grupos de cristianos procedentes del judaísmo que, en un determinado momento, el mismo Pablo cede ante esa oposición y hace circuncidar a Timoteo por consideración a los judíos (cfr. Act 16,3). Pero lo ocurrido en Antioquía era algo muy llamativo, tanto que el mismo Bernabé, compañero de Pablo en su primer viaje misionero, “se vio arrastrado por esta simulación”. Sin embargo. Pablo no le dice nada y, en cambio, se enfrenta con Pedro al que, a pesar de aquello, le sigue llamando Cefas. Esta actuación de Pablo revela, desde luego, su sinceridad y valentía, pero al mismo tiempo expresa su reconocimiento de la primacía de S.Pedro, ya que es a él y no a ningún otro al que le hace caer en la cuenta de lo incoherente de su actitud.

También las autoridades judías se daban cuenta de la posición preeminente de San Pedro en la Iglesia primitiva, por lo que Herodes Agripa I -alrededor del año 43- mandó encarcelarlo, a él y no a otro, con el propósito de darle muerte (cfr. Act 12,3-4). En tal ocasión “la Iglesia rogaba incesantemente por él a Dios” (Act 12,5). Liberado milagrosamente de la cárcel, “salió y partió hacia otro lugar” (cfr. Act 12,17). Probablemente se encaminaría a Antioquía de Siria o a Roma. Sabemos que estuvo una temporada en Antioquía (cfr. Gal 2,11-14), pero no es seguro que fuera en este momento. La tradición afirma que Pedro ocupó por un tiempo la sede antioquena. Sabemos con certeza que asistió el año 49 al Concilio apostólico de Jerusalén (cfr. Act 5,15,7-11). De nuevo surgen los problemas con los judeocristianos. Cosa lógica si tenemos en cuenta lo que significaba la fidelidad a la ley mosaica, por la cual había sufrido a veces verdaderos martirios. Recordemos, por ejemplo, al sacerdote Eleazar y a la madre con sus siete hijos, que prefirieron morir antes que comer carnes consideradas impuras por la ley judía (cfr. 2 Mac 6-7). La superación de aquellas normas y costumbres la anuncia y la admite el mismo Jesús, al enseñar como no mancha al hombre lo que le entra por la boca, sino lo que le sale del corazón (cfr. Mc 7,14-23), curando a veces en sábado, ante el escándalo de los fariseos (cfr. Mc 3,1-6; Jn 5,16). Como vimos la situación era de extrema crispación y S.Pablo

sufrirá acerbos persecuciones y la cárcel por su postura decidida en contra de las normas mosaicas. En Jerusalén se le da la razón, después de oír a unos y a otros. Entonces vemos como allí, una vez más, San Pedro desempeña una misión fundamental para la unidad de la Iglesia, pues “habiéndose producido una larga y viva discusión, levantándose Pedro” intervino y con sus palabras quedaba zanjada la cuestión, librando así a los gentiles de “un yugo que ni nuestros padres ni nosotros -dice con sencillez- pudimos sobrellevar” (Act 15,10).

Existe la tradición comprobada de la estancia de San Pedro en Roma, ejerciendo allí el episcopado, así como de su muerte bajo el emperador Nerón. No consta sin embargo de manera indiscutible ni el momento de su llegada a Roma, ni el tiempo que permaneció allí, ni tampoco la fecha exacta de su martirio. Algunos suponen un doble viaje a Roma: uno, después de marcharse de Jerusalén, alrededor del año 43. Habría regresado a Palestina hacia el año 49, fecha del Concilio de Jerusalén. Antes del año 60 volvería otra vez a Roma, aunque probablemente estuvo bastantes temporadas ausente de la ciudad, por motivo de diversos viajes misioneros. Esta posibilidad explicaría que no se le mencione en los saludos de la Epístola de San Pablo a los Romanos (año 57/ 58), ni durante el primer cautiverio de éste en Roma (años 61-63). Otros, en cambio, suponen un único viaje de San Pedro a Roma, bajo el imperio de Nerón (54-68).

En cuanto a su muerte, es seguro que sufrió el martirio en Roma bajo Nerón: según la tradición, murió crucificado, cabeza abajo. No se sabe con seguridad la fecha exacta: unos, apoyándose en los datos de Eusebio<sup>(23)</sup> y de San Jerónimo<sup>(24)</sup>, consideran como más probable el año 67, fecha en la que murió también San Pablo; para otros, sin embargo, sería el año 64, cuando -tras el incendio de Roma- Nerón ordenó la persecución y muerte de muchísimos cristianos. El sepulcro del Príncipe de los apóstoles, bajo el altar de la Basílica de San Pedro, viene atestiguado por una antiquísima tradición, confirmada por excavaciones arqueológicas.

## 2º. El autor

En el saludo inicial de la carta aparece como autor el apóstol San Pedro (cfr. 1 Pet 1,1), testigo de los sufrimientos de Cristo (cfr. 1 Pet 5,1). Estas indicaciones son coherentes tanto con los testimonios externos de la Tradición, como con el estudio del contenido de la epístola. Durante la antigüedad cristiana, nunca fue puesta en duda ni la autenticidad petrina de la carta, ni su carácter de escrito inspirado y canónico. Ya San Ireneo de Lyon (finales del siglo II) la cita varias veces, atribuyéndola explícitamente a San Pedro<sup>(25)</sup>. Lo mismo afirma Clemente de Alejandría (+ 214)<sup>(26)</sup>, que escribió el primer comentario a esta carta<sup>(27)</sup>.

Además de estos datos explícitos, existen testimonios implícitos desde una época todavía más antigua, de la primera mitad del siglo II. Aunque no mencionan al autor, atestiguan que esta carta gozaba ya de la autoridad de un escrito inspirado. Así, San Policarpo la cita varias veces en su Epístola a los Filipenses; y lo mismo Papías de Hierápolis según los fragmentos que nos transmite Eusebio de Cesarea<sup>(28)</sup>.

Este último (+ 339 ó 340) resume la tradición cristiana hasta su tiempo, cuando afirma que la epístola pertenece a aquellos escritos del Nuevo Testamento que son admitidos por todos, los llamados

<sup>23</sup> Cfr. Chronicon, lib. II.

<sup>24</sup> Cfr. De viris illustribus, I,5.

<sup>25</sup> Cfr. Adversus haereses, IV, 9,2;16,5; V, 7,2.

<sup>26</sup> Cfr. Stromata, IV, 7,47.

<sup>27</sup> Cfr. Hypothyposes.

<sup>28</sup> Cfr. Historia Eclesiástica, III, 39,17.

en griego \_\_\_\_\_, homologóumena, sin oposición alguna <sup>(29)</sup>: Todos los cánones antiguos -listas de libros inspirados- que nos han llegado mencionan esta carta, con excepción del Canon Muratori; la omisión, sin embargo, puede ser debida a que este último documento no se conserva íntegro. La epístola aparece, en efecto, en los cánones confeccionados por los Concilios provinciales de Laodicea (año 360), Hipona (393), III y IV de Cartago (397 y 419), así como en la carta del Papa San Inocencio I a Exuperio, obispo de Tolosa (405). El estudio del contenido de la carta apoya su autenticidad petrina: son patentes las semejanzas entre la doctrina de la epístola y los discursos de San Pedro recogidos en los Hechos de los Apóstoles. En este sentido puede destacarse, por ejemplo: la presentación de Jesucristo como el Siervo de Yahwéh <sup>(30)</sup>, y como la piedra angular rechazada por los constructores <sup>(31)</sup>; la Resurrección del Señor como punto fundamental de la fe cristiana y de la proclamación del mensaje evangélico.

Sin embargo, la autoría de un escrito en la antigüedad tenía unas características diferentes de las que solemos pensar. Era frecuente, en efecto, no escribir personalmente una carta, sino servirse de un amanuense (cfr. Rom 16,22; al que se podía dictar, aunque en ocasiones la intervención de dicho amanuense era más amplia, ya que el autor le encomendaba el asunto a tratar dejándole cierta libertad en el modo de hacerlo. Por supuesto que la redacción del amanuense podía ser revisada, incluso corregida, por el autor principal, quien en ocasiones se limitaba a añadir algo de su puño y letra, como hace S.Pablo en varias ocasiones (cfr. 1 Cor 16, 21; Gal 6,11; Col 4,18; 2 Thes 3,17; Fil 19).

En nuestro caso, dice San Pedro al final de su carta: “Por medio de Silvano, a quien tengo por hermano fiel, os he escrito brevemente” (1 Pet 5,20). Silvano parece ser el colaborador de San Pablo en la evangelización de Asia Menor (cfr. 2 Cor 1,19; 1 Thes 1,1; 2 Thes 1,1), llamado Silas en los Hechos de los Apóstoles (cfr. p.ej., Act 15, 22 ss.; 16,19.25.). Conocía bien, por tanto, a los destinatarios de la epístola. De la escueta referencia de San Pedro no podemos concluir con seguridad la función llevada a cabo por Silvano: pudo actuar simplemente como portador y comentador de la carta; o como amanuense escribiendo por encargo del Apóstol -es lo que hace Tercio con San Pablo en la Carta a los Romanos (cfr. Rom 16,22)-, como un redactor, que pone fielmente por escrito las ideas que le da San Pedro. San Jerónimo acude a esta última hipótesis para explicar las diferencias de estilo entre la primera y la segunda Epístola de San Pedro: “Según las necesidades, se ha servido de diversos intérpretes” <sup>(32)</sup>. También son partidarios de ella diversos autores modernos: consideran que podría explicarse mejor así la facilidad de expresión en griego; la familiaridad con que el autor cita y se inspira en la versión griega del Antiguo Testamento, llamada de los Setenta; y las coincidencias observadas entre esta carta y otras de San Pablo (sobre todo Romanos y Efesios). Esta hipótesis parece hoy día la más probable.

En cualquier caso, la posibilidad de Silvano como redactor de la epístola no está reñida con la autenticidad petrina, ya que San Pedro la hace totalmente suya (cfr. 1 Pet 1,1; 5,12). Sin embargo, la autenticidad es negada por H.Von Soden, H.Gunkel entre otros, aunque es defendida por Selwyn, Schelkle, Cullmann <sup>(33)</sup>. Creemos que, habida cuenta de lo dicho sobre el modo de escribir en la antigüedad, la carta es de S.Pedro.

### 3º. Destinatarios y circunstancias de su composición

La carta está dirigida a una serie de comunidades cristianas que vivían en diversas regiones de Asia Menor (cfr. 1 Pet 1,1). No hay indicios de que San Pedro conociese personalmente a aquellos

<sup>29</sup> Cfr. *ibid.*, III, 3,1; 25,2.

<sup>30</sup> Cfr. p.ej., 1 Pet 2,22-25; Act 3,13.

<sup>31</sup> Cfr. 1Pet 2,4-8; Act 4,11.

<sup>32</sup> Epist. ad Hedibiam, 120,11.

<sup>33</sup> Cfr. J.Cantinat, en A.George-P.Grelot, Introducción crítica al nuevo Testamento, Barcelona 1983, v.II, p.93ss.

cristianos, ya que estas regiones fueron evangelizadas por San Pablo, acompañado precisamente por Silvano (cfr. Act 15,40s.) Aquellas comunidades se desenvolvían en un ambiente hostil, que podía poner un peligro para la perseverancia de los fieles.

Eran pruebas de todo tipo (cfr. 1 Pet 1,6-7), calumnias (cfr. 1 Pet 2,12-15), injurias (cfr. 1 Pet 3,9-17), insultos (cfr. 1 Pet 4,4), etc.; hasta el punto que San Pedro llega a decir que se encuentran como en un incendio de sufrimiento (cfr. 1 Pet 4,12-16) que puede hacerles vacilar.

No es probable que se refiera a persecuciones oficiales: ni a las de Nerón, pues no se extendieron a las provincias de Asia Menor, ni tampoco a las que afectaron a todo el imperio bajo Domiciano (+96) y Trajano (+117), más tardías. Estas últimas fueron tan duras que las hubiera evocado con más viveza. Debe por tanto, referirse a vejaciones provenientes del ambiente social pagano, al que molestaba la conducta de los recién convertidos (cfr. 1 Pet 4,4). De ahí las incomprendiones y discriminaciones que sufrían.

Esta situación penosa afecta a toda la comunidad frente a sus conciudadanos (1 Pet 2,11-12), pero se extiende también al ámbito familiar, donde los esclavos han de soportar injusticias de sus amos (cfr. 1 Pet 2,18-25), y las mujeres intolerancias de sus maridos (cfr. 1 Pet 3,1-3). La carta tiene unos claros acentos de consuelo y de exhortación. Las contrariedades que soportan no son inútiles: han de servirles para purificarse, sabiendo que es Dios quien juzga, no los hombres (cfr. 1 Pet 4,19). Sobre todo, han de saber que -a imitación de Jesucristo- atraerá muchos bienes, incluso la fe, a sus mismos perseguidores (cfr. 1 Pet 2,12). El autor sagrado no se limita a dar consejos esporádicos de humildad (cfr. 1 Pet 5,5-7), sino que -en coherencia con la doctrina del Señor (cfr. Mt 5,10-12)- les llama bienaventurados y les anima a soportar con gozo los sufrimientos (cfr. 1 Pet 4, 13). Desarrolla una idea profunda y consoladora: el cristiano está incorporado a Cristo y participa de su misterio pascual; lo mismo que Jesucristo, para redimir a los hombres, ha sufrido la Pasión y Muerte y después ha resucitado a una vida imperecedera, también los cristianos alcanzarán su salvación y la de otros muchos, a través de las contradicciones. Jesucristo es el modelo, y es también el que da plenitud de sentido a las persecuciones que sufre el cristiano (cfr. 1 Pet 4,12-19).

Era una situación que ponía en peligro la fe de aquellos recién convertidos, a quienes sus antiguos compañeros de vida disoluta recriminaban su nueva conducta, extrañados de que no participaran en el “mismo desbordamiento de libertinaje”, destándose en vituperios (1 Pet 4,4). Es posible que, al enterarse el Apóstol de las dificultades por las que pasaban estos recién convertidos a la fe, sintiera la conveniencia de escribirles unas palabras de exhortación. Para ello les recuerda su dignidad de cristianos, “linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa” (1 Pet 2,9). Han sido llamados por Dios a participar en la Gloria eterna y el Señor, “después de un breve padecer” les perfeccionará, fortalecerá y consolidará (1 Pet 5,10).

De la carta se deduce que buena parte de aquellos cristianos eran conversos procedentes del paganismo. Así, se habla de su anterior ignorancia acerca de Dios (cfr. 1 Pet 1,14), que los “llamó de las tinieblas a su admirable luz” (1 Pet 2,9), de manera que quienes antes no eran pueblo de Dios, ahora son “pueblo de Dios” (cfr. 1 Pet 2,10). Estos y otros rasgos (cfr. 1 Pet 1,18; 2,25; 4,2-4) hacen suponer que se trataba de la primera generación de cristianos en aquella región, que hacía poco tiempo habían abrazado la fe. De ahí también que San Pedro les recuerde constantemente su Bautismo (cfr. 1 Pet 1,3.23; 2,2; 3,21.) y les recomiende que mantengan viva la caridad, “porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados” (1 Pet 4,8).

En cuanto a la fecha, hay datos que ayudan a fijar la composición de la epístola alrededor del año 64. En efecto, el saludo inicial (cfr. 1 Pet 1,1) supone la propagación del cristianismo en Asia Menor, y la sitúa por tanto después de los últimos viajes de San Pablo por aquella región (50-57). A la vez, el que no se mencione a San Pablo parece indicar que ya había abandonado Roma, después de su liberación en la primavera del año 63. Por otra parte, puede pensarse que la carta debió ser anterior a

las persecuciones de Nerón (julio del año 64), pues no habla expresamente de ellas. Como se indica en despedida, fue escrita en “Babilonia” (1 Pet 5, 13): indudablemente se refiere a Roma, capital del Imperio, que simbólicamente solía llamarse Babilonia (cfr. Apc 14,8; 16,19; 17,5; 18,2.10.21.). Ya en el Antiguo Testamento recibía el nombre de Babilonia toda ciudad que fuera hostil a Israel <sup>(34)</sup>. También las similitudes que tiene con las cartas a los Romanos (57-58) y la de los Efesios (61-63), permite pensar en el año 64 que hemos señalado.

Es cierto que algunos han señalado el final del s.I o mediados del s.II, como probable fecha de composición. Sin embargo es una hipótesis difícil de sostener, dado el ambiente que refleja la carta, unas comunidades recién convertidas, sin una organización jerárquica clara y con la creencia de que la parusía estaba cercana.

#### 4º. Contenido

El objetivo fundamental de la carta parece haber sido consolar y exhortar a los cristianos a mantenerse firme en medio de las dificultades. No es fácil descubrir un esquema preciso. Con frecuencia los temas doctrinales se abordan al hilo de la exhortación. De todas forma hay que subrayar que la ausencia de esquema no se opone a la unidad de la carta.

El Prólogo (1,1-12) comprende el saludo habitual (1,1-2) y un himno introductorio de acción de gracias por la regeneración operada en el Bautismo (1,3-12), donde se mencionan las circunstancias adversas de aquellos cristianos, a los que se exhorta a perseverar, en medio incluso de una gran alegría pues la fe se purifica, como el oro, a través del fuego de las contradicciones. En el cuerpo de la epístola (1,13-5,11), aun sin seguir un guión estricto, cabe distinguir tres grandes apartados y unas exhortaciones finales.

1. La primera parte (1,13-2,10) es una vibrante invitación a buscar la santidad. Para este fin se apoya en dos argumentos: la santidad de Dios que los llamó (1,13-16) y el valor supremo de la Sangre de Cristo que los rescató del pecado (1,17-21). La santidad ha de manifestarse en la caridad vibrante y sincera (1,22-25) y en el empeño por crecer en la vida cristiana (2,1-3), conscientes de que, como piedras vivas, constiuyen el edificio de la Iglesia (2,4-10).

2. La segunda parte (2,11-3,12) señala las diversas obligaciones de los cristianos en la sociedad: vida ejemplar de todos en un ambiente pagano, donde han de vivir como peregrinos que están de paso (2,11-12). Ello no significa que sean ajenos a la vida social, al contrario han de estar sujetos a los que ostentan la autoridad legítima (2,13-17). Alude a algunos estamentos sociales y así aconseja la justa sumisión de los siervos en relación con los amos (2,18-25). A los esposos, tanto a la mujer como al hombre, les da una serie de normas prácticas que hagan posible la paz y la concordia en la vida familiar (3,1-7). Como consejo final les exhorta a tener todos un mismo sentir, no devolviendo mal por mal sino al contrario haciendo siempre el bien, incluso respecto de quien nos causado algún daño, “que mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal” (1 Pet 3,17). En definitiva se trata de que todos vivan con esmero la fraternidad (3,8-12).

3. La tercera parte (3,13-4,19) desarrolla la actitud que debe tomar el cristiano frente a las persecuciones y contrariedades: el bautizado participa del misterio redentor de Cristo. Por eso cuando sufre injustamente puede sentirse bienaventurado (3, 13-17), ya que Cristo padeció hasta la muerte antes de ser glorificado (3,18-22). El cristiano, incorporado a Jesucristo, ha roto con el pecado (4,1-6) y ha de vivir la caridad (4,7-11). Termina esta sección volviendo a tratar sobre el valor espiritual del sufrimiento en las persecuciones injustas (4,12-19).

---

<sup>34</sup> Cfr. Is 13; 21,29; Jer 28,4; 50,29; etc.

4. Al final de la carta, San Pedro dirige una serie de exhortaciones a los presbíteros (5,1-4) y a todos los fieles (5,5-11), animándoles a confiar en el Señor.

El Epílogo (5,12-14), como en otras cartas del Nuevo Testamento, contiene los saludos de la Iglesia desde la que escribe, terminando con unas palabras de bendición.

### 5°. El Bautismo

Aunque explícitamente sólo mencione el Bautismo en una ocasión (cfr. 1 Pet 3,21), San Pedro alude en repetidas ocasiones a este Sacramento, por el que se realiza la incorporación a Jesucristo y el comienzo de una vida nueva: Dios “según su gran misericordia nos ha engendrado de nuevo (...) a una esperanza viva” (1 Pet 1,3). A través de esas alusiones es posible descubrir elementos de la liturgia bautismal y de la catequesis que se impartía a quienes se acercaban al Bautismo. Tres aspectos pueden destacarse en las enseñanzas del Apóstol: el Bautismo lleva consigo un nuevo nacimiento; efectúa la liberación del pecado -prefigurada en la liberación de los israelitas en Egipto-; la salvación de Noé es tipo de la que realiza este Sacramento.

En el Nuevo Testamento es frecuente la consideración del Bautismo como un nuevo nacimiento (cfr. p. ej., Jn 3,3 ss.; Tit 3,5; 1 Jn 2,29). En este sentido, San Pedro considera a los cristianos como “engendrados de nuevo” de un germen incorruptible (cfr. 1 Pet 1,23; 1,3); y les anima, “como niños recién nacidos” (1 Pet 2,2), a vivir con bondad y sencillez, ansiando el alimento espiritual que les llega a través de la Palabra de Dios y de los Sacramentos.

El Bautismo es al mismo tiempo la liberación de la esclavitud del pecado. Los cristianos han roto con el pecado (cfr. 1 Pet 4,1-6) y han pasado de la esclavitud del demonio a la libertad de los hijos de Dios, porque han sido rescatados “con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha” (1 Pet 1,19). Muchas referencias -sin citarlo expresamente- recuerdan el Exodo de los israelitas de la tierra de Egipto: como si aquella antigua liberación obrada por Dios prefigurara la que se opera en el Bautismo. En efecto, San Pedro enseña a los cristianos que antes no eran pueblo, pero ahora son “pueblo de Dios” (1 Pet 2,10); antes vivían en la ignorancia, pero ahora están llamados a la santidad (cfr. 1 Pet 1,14-15). La mención del “cordero sin defecto ni mancha” (1 Pet 1,19) recuerda el cordero pascual (cfr. Ex 12,5), con cuya sangre ungieron los israelitas las jambas de sus puertas; y la recomendación de ceñirse los vestidos a la cintura (cfr. 1 Pet 1,13) parece una alusión al pasaje en que se señala que los israelitas debían comer el cordero pascual con esa disposición de marcha (cfr. Ex 12,11).

Además, los cristianos son “linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido en propiedad” (1 Pet 2,9): el texto entrelaza una cita del libro del Exodo (cfr. Ex 19,5-6), donde se explican las consecuencias de la Alianza de Dios con su pueblo, y otra de Isaías (cfr. Is 43,20-21), en que recuerda la epopeya de la marcha de los israelitas por el desierto. El nuevo pueblo de Dios (cfr. 1 Pet 2,10), engendrado a través del Bautismo, tiene la obligación -con más razón que el antiguo- de imitar la santidad de Dios (cfr. 1 Pet 1,15-16; Lev 19,2; 20,7-8) y de abandonar las viejas concupiscencias (cfr. 1 Pet 1,14).

La consideración de los acontecimientos del Exodo para iluminar lo que sucede en el Bautismo ha sido frecuente en la Tradición de la Iglesia: “Considera conmigo -enseñaba San Cirilo de Jerusalén a los neófitos del siglo IV- el paso de las cosas antiguas a las nuevas, de la figura a la realidad. Allí Moisés fue enviado por Dios a Egipto, aquí Cristo es enviado desde el seno de su Padre al mundo. Allí se trata de sacar de Egipto al pueblo elegido, aquí Cristo debe librar a los que en el mundo están esclavizados por el pecado; allí la sangre del cordero desvía al exterminador, aquí la



sangre del cordero inmaculado, Jesucristo, constituye un refugio contra los demonios” (35). También hoy la liturgia de la Iglesia selecciona el relato del paso del mar Rojo (cfr. Ex 14,15-15,1) en la Vigilia Pascual, en cuya ceremonia se administra solemnemente el Bautismo.

Finalmente se menciona la salvación de Noé como tipo del Bautismo. La única vez que aparece en la carta explícitamente la palabra Bautismo (cfr. 1 Pet 3,21), es al comparar la salvación de Noé y su familia cuando el diluvio, con la de los fieles cristianos que se salvan por el agua del Bautismo (cfr. 1 Pet 3,18-22). San Pedro no pretende un paralelismo exacto entre ambos acontecimientos, sino más bien señalar claramente la eficacia del Sacramento del Bautismo. El agua por sí sola sirve para “quitar la suciedad del cuerpo” (1 Pet 3,21); el Sacramento del Bautismo limpia el alma del pecado original y de todo otro pecado, purificando el corazón de toda mancha, al bañar el cuerpo con agua pura (cfr. Heb 10,22). Además, por el Bautismo, se pide a Dios “una conciencia buena, en virtud de la resurrección de Jesucristo”

(1 Pet 3,21): la expresión supone ante todo, una limpieza moral en el cristiano; pero es posible también que haga alusión al compromiso de guardar la fe que el neófito profesaba, o incluso a lo que más tarde se denominará carácter bautismal.

#### 6º. Otros aspectos doctrinales

La epístola, quizá siguiendo el estilo de una catequesis bautismal, recoge puntos doctrinales importantes para que los cristianos se mantengan firmes en la fe (cfr. 1 Pet 5,9).

En efecto, recuerda -aunque no de modo sistemático- la existencia de Dios Creador (1 Pet 4,19), en quien creemos (cfr. 1 Pet 1,21), cuya palabra es viva y permanente (cfr. 1 Pet 1,23), y a quien agrada la fortaleza del justo en el sufrimiento (cfr. 1 Pet 2,20). Es el dueño de la grey (cfr. 1 Pet 5,2) y bajo su mano poderosa hemos de humillarnos para ser exaltados (cfr. 1 Pet 5,6)

Alude al dogma de la Santísima Trinidad, cuando dice que hemos sido elegidos “según la presciencia de Dios Padre, en la santificación del Espíritu, para la aspersion de la sangre de Jesucristo...” (1 Pet 1,2; cfr. 5,14). Bendice a Dios Padre “que sin acepción de personas juzga según la obra de cada cual” (1 Pet 1,17).

En cuanto a la divinidad de Jesucristo vemos que la proclama mediante el título de Kyrios-Señor (36) que le aplica en repetidas ocasiones (cfr. 1 Pet 1,3; 2,3; 3,15). Con su sangre nos ha rescatado, ofreciéndose en sacrificio como cordero sin mancha (cfr. 1 Pet 1,19), que “llevó nuestros pecados en su propio cuerpo, para que muertos al pecado vivamos para la justicia, con cuyas heridas fuisteis sanados” (1 Pet 2,24). Sufrió por nosotros, dejándonos un claro ejemplo que imitar (cfr. 1 Pet 2,21). Cristo, por tanto, murió por nuestros pecados, anunciado la salvación “a los espíritus que estaban en la prisión” (1 Pet 3,19). Nos habla también de la resurrección de Cristo (cfr. 1 Pet 1,3,21; 3,21), de su ascensión y glorificación en el Cielo (cfr. 1 Pet 3,22). Por último se habla también de su venida gloriosa al fin de los tiempos (cfr. 1 Pet 4,5,17; 5,1).

En cuanto a la antropología se recuerda la condición pecadora del hombre, cuyos pecados fueron llevados por Cristo (cfr. 1 Pet 2,24) que murió por ellos, “el justo por los injustos” (1 Pet 3,18). Pero al mismo tiempo se enseña que han sido llamados a que sean santos (cfr. 1 Pet 1,15-16). Para ello “han sido regenerados de simiente no corruptible, sino incorruptible, por la palabra de Dios viviente...” (1 Pet 1,23). Por el Bautismo son como niños recién nacidos (cfr. 1 Pet 2,2; 3,21). En el Bautismo, los

<sup>35</sup> Catequesis Mistagógicas, I,3

<sup>36</sup> Cfr. A.García-Moreno, Pueblo, Iglesia y Reino de Dios, Pamplona 1982, p.142-200.

fieles se incorporan a El de tal manera que también participan de sus sufrimientos y de su gloria (cfr. 1 Pet 2,21-25).

La Iglesia, aunque no aparece nombrada, está constantemente presente: los cristianos, hermanos entre sí (cfr. 1 Pet 3,8-12), son las piedras vivas del edificio espiritual, cuya piedra fundamental es Cristo (cfr. 1 Pet 2,4-10); son el nuevo pueblo sacerdotal que Dios ha constituido (cfr. 1 Pet 2,9); Jesucristo es el pastor supremo (cfr. 1 Pet 2,25) y, en su nombre, los presbíteros han de dirigir a las almas con desinterés y amor (cfr. 1 Pet 5,1-4).

Por otra parte, la esperanza en la vida definitiva estimula a los cristianos en su peregrinación terrena (cfr. 1 Pet 1,1.17; 2,11); han sido regenerados para obtener una herencia incorruptible (cfr. 1 Pet 1,4); las contrariedades y persecuciones que soportan son pasajeras, mientras llega la hora de la retribución definitiva y gloriosa de los fieles, y el castigo de los culpables (cfr. 1 Pet 4,17-19). Esta esperanza es signo distintivo de los creyentes y han de estar prontos a dar razón de ella (cfr. 1 Pet 3,15). Estas verdades de nuestra fe están en la base de las exhortaciones que hace el Apóstol, unas veces a los cristianos en general, otras a grupos particulares: a los siervos (cfr. 1 Pet 2,18-25), a las mujeres (cfr. 1 Pet 3,1-6), a los esposos (cfr. 1 Pet 3,7), a los presbíteros (cfr. 1 Pet 5,1-4), a los jóvenes (cfr. 1 Pet 5,5). Destaca la insistencia en la humildad (cfr. 1 Pet 2,18-25; 3,8-9; 5,5 ss.) y en la alegría que debe caracterizar la vida cristiana, por difícil que sean las circunstancias del tiempo presente (cfr. 1 Pet 1,2-12; 4,12-19).

### C.- INTRODUCCION A LA SEGUNDA EPISTOLA DE SAN PEDRO

#### 1º. Autor

Al comienzo de la carta, el autor se presenta con sus dos nombres, el de Simón -en el texto original Simeón, según la forma semita y no griega- y Pedro, añadiendo la referencia a su vocación al decir “apóstol de Jesucristo”. A lo largo del texto, se hacen además algunas alusiones a la vida de San Pedro: ha sido testigo ocular de la Transfiguración de Jesús (cfr. 2 Pet 1,16); por segunda vez escribe a los mismos lectores (cfr. 2 Pet 3,1), refiriéndose sin duda a 1 Pet; llama a San Pablo “nuestro querido hermano” (cfr. 2 Pet 3,15); y habla de su muerte (cfr. 2 Pet 1, 14), aludiendo quizá a las palabras proféticas de Jesús sobre su martirio (cfr. Jn 21, 18-19). A pesar de estos datos, es el escrito del Nuevo Testamento cuya autenticidad ha planteado mayores dudas.

Es sobre todo en el análisis interno donde se plantean mayores dificultades para atribuir la carta a San Pedro: el vocabulario y el estilo son notablemente distintos a los de la primera carta de San Pedro, con expresiones que cuadrarían mejor en una época más tardía; la mención de los Apóstoles y de los “padres” también parece suponer una época posterior (cfr. 2 Pet 3,2-4); la perspectiva de la parusía de Cristo parece diferente (cfr. 2 Pet 3,1-10); se consideran las cartas de San Pablo ya como Sagrada Escritura (cfr. 2 Pet 3,15-16); finalmente, parece redactada después de la Epístola de San Judas, de la que tomaría algunos textos.

En los dos primeros siglos faltan noticias sobre esta carta. Sin embargo, partir de los siglos III y IV son ya numerosos los testimonios a favor de la autenticidad petrina. Entre ellos está Clemente de Alejandría (214), según refiere Eusebio <sup>(37)</sup>. Orígenes, hacia la mitad del siglo III, aún conociendo las dudas acerca de su autenticidad, cita 2 Pet 1,4 como palabras de San Pedro <sup>(38)</sup>; y en otro lugar afirma

<sup>37</sup> Historia Eclesiástica, VI 14,1.

<sup>38</sup> cfr. In Lev hom., IV,4.

que “Pedro clama con las trompetas de sus dos epístolas” (39). Del mismo tiempo es el testimonio de Firmiliano -obispo de Cesarea, Capadocia- en su Epístola a Cipriano (40).

Eusebio de Cesarea en su *Historia Eclesiástica* coloca esta carta entre los escritos \_\_\_\_\_, antilogómena, “discutidos” del Nuevo Testamento, es decir, los no admitidos por todos aunque sí por la mayoría (41); él personalmente no la considera canónica (42). En cambio, otros autores, también del siglo IV -como San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno y Dídimo de Alejandría- la utilizan en sus obras. Es digno de reseñar el testimonio de San Jerónimo. Por un lado, refiere las dudas sobre la autenticidad petrina de la carta y los motivos existentes: Pedro “escribió dos epístolas que son llamadas católicas, la segunda de la cuales muchos niegan que sea de él a causa de la diversidad de estilo con relación a la primera” (43). En otro momento ofrece una solución a esa dificultad: “Las dos epístolas que llevan el nombre de Pedro difieren entre ellas tanto por el estilo como por el carácter. Por donde descubrimos que, según las necesidades, se ha servido de diversos intérpretes” (44).

Estos datos de la tradición aminoran las dificultades procedentes del análisis interno autor de la carta. Aparte de que ese mismo análisis nos muestra que también son notables las semejanzas que presenta con la primera carta (cfr. p.ej., 1 Pet 1,3-4 y 2 Pet 1,3-4 al enseñar que por el poder de Cristo somos partícipes de la naturaleza divina; 1 Pet 1,7-9 y 2 Pet 3,1-10 sobre la brevedad del tiempo presente; 1 Pet 1,10-12 y 2 Pet 1,19-21 sobre el papel de los profetas y de los evangelizadores, todos ellos asistidos por el Espíritu Santo; ; 1 Pet 3,20 y 2 Pet 2,5 sobre los tiempos de Noé; etc.). Tiene, además, ciertas afinidades estilísticas con los discursos de Pedro conservados en el libro de los Hechos ( cfr. Act 2,14 ss.; 3,11ss.; 5,29 ss.; 10,34ss.). También es posible que un discípulo anónimo de San Pedro, bajo la inspiración del Espíritu Santo, quisiera transmitir unas enseñanzas concordes con las del Apóstol. Al utilizar su nombre y su autoridad, estaría acudiendo a un procedimiento frecuente en aquella época -la seudonimia-, consciente de que las ideas que expone no son suyas, sino del apóstol Pedro. En este caso, el redactor no pretendería suplantar a San Pedro, sino hacer justicia a la paternidad del mensaje.

Si la seudonimia fuera cierta, la carta podría haber sido escrita hacia los años 80-90. Si fue un discípulo, pudo ser escrita en Roma, o bien en una localidad de Asia Menor o Egipto. Por otro lado, no hay razones suficientes, sin embargo, para retrasar la composición la epístola hasta bien entrado el siglo II, como proponen algunos autores. En el caso, no imposible, de que la escribiese S.Pedro, la fecha de composición sería el año 64 o 67, y el lugar Roma donde poco después fue martirizado. Los datos que tenemos no permiten llegar a conclusiones seguras.

En cuanto a su inspiración y la consiguiente canonicidad, es secundario que fuera escrita por S.Pedro o por un discípulo anónimo. La carta aparece en las listas más antiguas de libros canónicos, como las del I Concilio de Laodicea (360), Hipona (393), Cartaginense III (397) y IV (419), y la carta del Papa Inocencio I (405). Junto con los demás libros de la Biblia, el Concilio Tridentino definió solemnemente su inspiración (45).

## 2º. Destinatarios

A tenor de sus primeras palabras, la carta va dirigida a cuantos “les ha cabido en suerte una fe tan preciosa como la nuestra” (2 Pet 1,1), es decir, a los cristianos en general. Algunas expresiones

<sup>39</sup> In Jesu Nave, VII,1.

<sup>40</sup> Cfr. ib. 75,6.

<sup>41</sup> Cfr. Historia Eclesiástica, III,25,3.

<sup>42</sup> Cfr. ib., III, 3,1.

<sup>43</sup> De viris illustribus, I.

<sup>44</sup> Epist. ad Hedibiam, 120,11.

<sup>45</sup> Cfr. Sesión IV, De libris sacris.

hacen suponer que los destinatarios inmediatos podrían ser las comunidades cristianas, procedentes de la gentilidad, de Grecia o Asia Menor. Así se deduce de cuanto les dice acerca de que han escapado de “las inmundicias del mundo” (2 Pet 2,20), y corren el peligro de perder la fe por culpa de los “falsos maestros” (2 Pet 2,1). Son cristianos a los que San Pablo también escribió (cfr. 2 Pet 3, 15-16). Por otra parte, da la impresión de que el autor los conoce personalmente (cfr. 2 Pet 1, 12-16), y que son los mismos destinatarios de la primera carta de San Pedro (cfr 2 Pet 3,1). Aunque fuera dirigida inmediatamente a unos fieles determinados, es indudable, por el tono general del escrito, que el autor sagrado piensa en todos los cristianos.

### 3°. Relaciones entre la segunda carta de San Pedro y la de San Judas

Al comparar ambas epístolas vemos que el saludo inicial y la despedida son afines. También reflejan una situación parecida y se parecen las recomendaciones que se hacen. Llaman poderosamente la atención las semejanzas del desarrollo de las ideas, que llegan incluso al empleo de idénticas palabras. En concreto, entre 2 Pet 2,1-3,3 y Ids 4-18, al hablar de los falsos profetas, hay tal paralelo que sería difícil explicarlo sin suponer alguna conexión entre los dos escritos. Lo más verosímil es que la segunda carta de San Pedro dependa de la de San Judas. En efecto, tiende a explicar y parafrasear proposiciones que en San Judas son breves y concisas; omite alusiones o citas de escritos judíos apócrifos -especialmente el de Henoc- que aparecen en la de San Judas, y es más lógico que sea el escrito más tardío el que elimine esas referencias. Por otra parte, el estilo de nuestra carta parece más elaborado: p.ej., al mencionar los castigos infligidos por Dios (cfr 2 Pet 2,4-8) sigue el orden cronológico -ángeles, diluvio y Sodoma-, cosa no hace San Judas en el pasaje paralelo (cfr Ids 5-7) -israelitas en el desierto, ángeles y Sodoma-.

Estos y otros detalles inducen a suponer que el autor de esta carta conocía la de San Judas.

### 4°. Contenido

La epístola tiene una estructura bastante clara. Comienza con el saludo, semejante al de otros escritos del Nuevo Testamento (1,1-2), y termina con una exhortación a la perseverancia (3, 17-18). El cuerpo la carta tiene tres partes diferenciadas: la primera (1,3-21) es una llamada a mantenerse fieles a la doctrina recibida. La segunda (2,1-22) es una larga diatriba contra los falsos doctores que llevan una vida pervertida y pretenden corromper a los demás. La tercera (3,1-16) trata de la parusía, refutando falsas opiniones y proponiendo la verdadera enseñanza. Desde el punto de vista doctrinal, cabe destacar las enseñanzas acerca de la segunda venida o parusía del Señor, la refutación de algunas falsas teorías a este respecto y las consiguientes exhortaciones morales.

### 5°. La última venida del Señor

El punto doctrinal que con mayor fuerza negaban los falsos maestros era la parusía del Señor (cfr. 2 Pet 3,3-4). Adopta una postura escatológica. Es un tema del que se habla frecuentemente el Nuevo Testamento (cfr. Mt 24-25 y par.; 1 Thes 5,1-3; 2 Thes 2,1-12) y en particular la primera carta de San Pedro, donde el Apóstol fundamenta en la esperanza de la vida futura su exhortación a mantenerse fieles en medio de las persecuciones. El autor de nuestra carta aborda el tema frontalmente: en primer lugar establece la certeza de la venida del Señor y, además, sale al paso de las razones que aducían los falsos maestros.

La certeza de la venida escatológica de Jesucristo se apoya en primer lugar en el episodio de la Transfiguración, donde se anticipó la gloriosa manifestación futura (cfr. 2 Pet 1,16-18); por otra parte, la palabra de los profetas y el Antiguo Testamento en general confirman esta verdad (cfr. 2 Pet 1,19), pues enseñan de modo constante el premio de los buenos y el castigo de los impíos. Una de las objeciones que los falsos doctores alegaban era que la parusía se dilataba en exceso. Sin entrar en una discusión casuística sobre el tema, el autor sagrado enseña con claridad que el tiempo es muy relativo frente a la eternidad de Dios, para quien “mil años son como un día” (cfr. 2 Pet 3,8), y que si Dios retrasa el momento final es por su misericordia, que “no quiere e nadie perezca” (2 Pet 3,9). Una cosa es cierta: hay que mantenerse vigilantes, porque el día del Señor vendrá sin previo aviso (cfr. 2 Pet 3,10).

Presentaban como otra objeción el tiempo transcurrido sin que se percibieran cambios en la naturaleza, sintomáticos de la transformación definitiva (cfr. 2 Pet 3,3-4). El autor sagrado reprocha la falta de fe: Dios llevó a cabo la creación con sólo su palabra y por ella envió el castigo del diluvio, provocando una profunda transformación en el universo (cfr. 2 Pet 3,5-6). Por tanto, hay que creer que también por su palabra la creación entera sufrirá el cambio profundo que dé origen a “unos cielos nuevos y una tierra nueva” (cfr. 2 Pet 3,7.10.12.13).

Sobre el modo concreto y los detalles de la venida gloriosa de Cristo, aparecen en la carta expresiones difíciles. Es posible que el autor sagrado haya utilizado un lenguaje oscuro -como hizo el Señor (cfr. Mt 26,36ss. y par.)- para excitar a los fieles a la vigilancia y para subrayar la trascendencia de este designio misterioso de Dios.

La verdad de la venida gloriosa de Jesucristo para juzgar a vivos y muertos consta desde los primeros Símbolos de la Iglesia, y fue definida solemnemente como dogma de fe por Benedicto XII en la Constitución Benedictus Deus.

#### 6°. Los falsos maestros

El autor sagrado describe a los falsos maestros, “movidos por la codicia” (2 Pet 2,3), amantes de banquetes (cfr. 2 Pet 2,13), cegados por las pasiones (cfr. 2 Pet 2,10.14. 18), seductores que prometen la libertad, “ellos que son esclavos de la corrupción” (2 Pet 2,19). En el cap.3 insiste más en sus desviaciones doctrinales: son escarnecedores que no creen en la última venida de Jesucristo (cfr. 2 Pet 3,3-4). Con su perversa conducta y sus falsas teorías niegan al Señor (cfr. 2 Pet 2, 1), e inducen a muchos a la perdición (cfr. 2 Pet 2,19-22).

No hay motivo para pensar que el autor se enfrente a unas herejías ya organizadas, como han pretendido algunos para fundamentar su hipótesis de que es un escrito tardío. Apenas se describen detalles de esas herejías, como hace por ejemplo San Juan en sus epístolas.

Al autor le interesa fundamentalmente prevenir a los cristianos y de este modo apartarles de las depravaciones morales de los falsos maestros.

#### 7°. Comportamiento moral

Frente a la relajación de costumbres a que inducían los falsarios, el escritor sagrado insiste en la fidelidad a la doctrina recibida (cfr. 2 Pet 1,5.-7; 3,14-18) y la perseverancia en la virtud, teniendo en cuenta que la situación del que vuelve a su vida anterior de pecado es mucho peor que la vivía antes de conocer creer en Cristo: “Que mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia que, después de haberle conocido, volverse atrás de la ley santa que se les enseñó” (2 Pet 2,21).

Al principio de la carta (cfr. 2 Pet 1,5-7) expone un elenco de virtudes: la fe, la fortaleza, la ciencia, la templanza, la paciencia, la piedad, el amor fraterno y la caridad (<sup>46</sup>). No pretende ser un resumen exhaustivo de moral cristiana, sino un breve aviso práctico: la fe y la caridad aparecen al principio y al fin como inicio y culminación de la conducta del cristiano. Además se mencionan esas virtudes en conexión mutua, como anillos de una misma cadena. Junto a la serie de virtudes, hay una constante insistencia en los motivos: De una parte, la vocación cristiana que hay que hay que “asegurar con ahinco” ( 2 Pet 1,10) y la iniciativa de Dios, que “nos ha dado los preciosos y sumos bienes prometidos” participando así en su “naturaleza divina” (cfr. 2 Pet 1,4), exigen como respuesta el progreso en la virtud y el alejamiento de los antiguos pecados, pues el que no lo hace “está ciego y es corto de vista, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados” (2 Pet 1,9).

Por otra parte, la meta que es la entrada en el reino eterno del Señor (cfr. 2 Pet 1,11), ha de ser estímulo para perseverar en la buena conducta. El recuerdo de la profecía de la venida de Cristo asegura la espera vigilante (cfr. 2 Pet 1,12-21) y fomenta la perseverancia en el bien (cfr 2 Pet 3,11), ya que no sabemos cuándo ocurrirá (2 Pet 3,10).

## D.- INTRODUCCION A LA EPISTOLA DE SAN JUDAS

### 1º.- Autor

El autor de esta breve carta se presenta a sus lectores como “Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago” (Jds 1). La designación “siervo de Jesucristo” es similar a la empleada en varias epístolas del Nuevo Testamento (cfr. Rm 1,1; Plp 1,1; Tt 1,1; 2 P 1,1; St 1,1). Esta expresión “siervo” tiene honda raigambre en el Antiguo Testamento, donde se denomina con este apelativo a diversos personajes, siempre elegidos de modo particular por Dios para una misión en orden a la salvación del pueblo de Israel: Abrahán (cfr. Sal 104,6), Jacob (cfr. Sal 77,71), Moisés (cfr. Sal 104,18), Samuel (cfr. 1 S 3,9) David (cfr. Sal 77,70), Salomón (cfr. 1 R 8, 30), Job (cfr. Jb 1,8), con Esdras (cfr. Esd 1,6). Y entre todos destaca el Siervo paciente de Yahvé que Isaías canta en diversos poemas con los más encendidos tonos (cfr. Is 42,1-7; 52,13-53,12). En ese personaje glorioso y doliente, sufrido y exaltado se anuncia a Jesús muerto y resucitado por nuestros pecados. Por ello este título de siervo, si bien conviene a todos los cristianos, de manera particular corresponde a aquellos que ejercen un ministerio en la Iglesia, y, más en concreto, a los apóstoles y a sus sucesores (<sup>47</sup>).

La indicación “hermano de Santiago” hace referencia a un personaje conocido y apreciado de los lectores inmediatos. Por los datos que tenemos del Nuevo Testamento, se refiere a Santiago, el “hermano” -es decir, pariente próximo- del Señor (cfr. Ga 1,19; Mt 13,55), que fue junto con San Pedro y San Juan una de las “columnas” de la Iglesia (cfr. Ga 2,9), y que era obispo de Jerusalén (cfr. Hch 12,17; 15,13; 21,18), donde murió mártir hacia el año 62. Como en la Epístola de Santiago, se plantea la cuestión de si este Judas -autor de la carta, que figura entre los “hermanos del Señor” (cfr. Mt 13,55)- es el apóstol del mismo nombre, o se trata de dos personas distintas.

San Lucas, al transmitir en dos ocasiones (cfr. Lc 6,16; Act 1,13) la lista de los apóstoles, enumera en penúltimo lugar a Judas, y para distinguirlo del traidor, lo llama “Judas de Santiago”. Esta expresión puede entenderse de dos maneras: Judas, hijo de Santiago, o hermano de Santiago. Habitualmente hace referencia al padre de una persona. Sin embargo, hay excepciones: cuando se trata de alguien de especial renombre, los miembros de la familia pueden ser denominados con referencia a

<sup>46</sup> Aparecen también en otros lugares del Nuevo Testamento (cfr. p. ej., n 5,3; Gal 5,22-23; Apc 2,19).

<sup>47</sup> Así, por ejemplo, uno de los títulos del Romano Pontífice es el de "siervo de los siervos de Dios".

él. Por ser Santiago el Menor el más famoso de su familia, pudo San Lucas designar a Judas como “el de Santiago”, entendiendo el hermano de Santiago <sup>(48)</sup>.

En las demás listas de los apóstoles, transmitidas por San Mateo y San Marcos, se le menciona por el sobrenombre de Tadeo (cfr. Mt 10,4; Mc 3,19), para distinguirlo de Judas Iscariote, y se le cita a continuación de su hermano “Santiago el (hijo) de Alfeo”. De acuerdo con estos datos, puede decirse que la identificación entre el Apóstol Judas-Tadeo y el escritor de la carta, si bien no se impone con absoluta certeza, tiene sólidos argumentos a su favor.

## 2º.- Autenticidad y canonicidad

No faltan quienes ponen en duda que el autor de esta carta sea el Apóstol San Judas, afirmando que se trataría de un escrito redactado por un discípulo suyo posterior <sup>(49)</sup>. Esta opinión se apoya en apreciaciones internas -perfección de estilo y vocabulario- y algunas expresiones que indicarían una época más tardía. Sin embargo, la tradición eclesiástica, desde antiguo, señala explícitamente como autor de la carta al Apóstol San Judas. Testimonios de esa tradición son, por ejemplo, en la primera mitad del siglo III Orígenes <sup>(50)</sup> y Tertuliano <sup>(51)</sup>.

Dejando aparte algunas alusiones, más o menos claras, a la carta en la Didaché (siglo II) y en la epístola de San Policarpo a los Filipenses (hacia el año 110), está la indicación explícita del Canon Muratori (fines del siglo II), que enumera la Epístola de San Judas (línea 68) entre los escritos canónicos del Nuevo Testamento. A los testimonios de Orígenes y Tertuliano, ya mencionados, se añade el de Clemente de Alejandría que -además de citarla en sus obras <sup>(52)</sup>- escribió un comentario sobre ella <sup>(53)</sup>. En el siglo IV, San Atanasio <sup>(54)</sup> y San Cirilo de Jerusalén <sup>(55)</sup>, entre otros muchos, atestiguan la canonicidad de esta carta. El historiador eclesiástico Eusebio (263-330) expone que era admitida por la mayoría como canónica, aunque existían también algunas voces contrarias; por ello la sitúa entre los escritos “discutido” <sup>(56)</sup>. El motivo principal de estas dudas lo conocemos por S.Jerónimo: “Judas, hermano de Santiago, dejó una breve epístola, que está entre las siete epístolas católicas y es rechazada por muchos por el hecho de citar el testimonio del libro apócrifo de Henoc. Sin embargo, por su antigüedad y por el uso que se ha hecho de ella, no ha carecido de autoridad y se sitúa entre las Sagradas Escrituras” <sup>(57)</sup>.

En efecto, en Jds 14-15 se cita un versículo del libro apócrifo de Henoc (1,9), muy apreciado entre los judíos. Pero no puede deducirse por esta cita que el autor sagrado apruebe el contenido de todo el libro, ni mucho menos que lo considere inspirado. Ni siquiera la frase “Henoc profetizó” (Jds 14), lleva a esta conclusión, puesto que refleja simplemente la costumbre de su época de llamar profeta a un maestro reconocido <sup>(58)</sup>. También San Pablo cita en una ocasión un verso de Epiménides de Cnosos, poeta pagano, llamando a su autor “profeta” (Tt 1,12).

---

<sup>48</sup> San Marcos, al mencionar a una de las santas mujeres, la llama "María, la madre de Santiago" (Mc 15,40), y también "María la de Santiago" (Mc 16,1).

<sup>49</sup> Cfr. J.Cantinat, o.c., p.105ss.

<sup>50</sup> Cfr. In Rom. Coom., 5,1.

<sup>51</sup> Cfr. De cultu feminarum, 1,3.

<sup>52</sup> Cfr. Paedagogus, 3,8; Stromata, III,2.

<sup>53</sup> Cfr. Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica, IV,14.

<sup>54</sup> Cfr. Epist. 39.

<sup>55</sup> Cfr. Catequesis mistagógicas, IV,35.

<sup>56</sup> Cfr. Eusebio, Historia eclesiástica, III,25,3; VI,13,6; 14,1.

<sup>57</sup> De viris illustribus, IV.

<sup>58</sup> Cfr. por ejemplo, Jn 1,19-28.

En cualquier caso, como constata San Jerónimo en el texto que acabamos de transcribir, la carta de San Judas gozaba desde antiguo de gran autoridad, y fue recibida por la Iglesia como escrito sagrado: figura en todas las listas de libros inspirados, desde mediados del siglo IV. Su canonicidad, junto con la de los demás libros del Antiguo y Nuevo Testamento, fue declarada solemnemente en el Concilio de Trento.

### 3°.- Destinatarios y fecha de composición

Sobre los destinatarios inmediatos de esta carta nos faltan indicaciones precisas, ya que el saludo inicial (cfr. Jds 1,1) emplea una designación genérica, válida para todos los cristianos. Se puede pensar, con bastante probabilidad, que se trataba -por lo menos en su mayoría- de cristianos convertidos del judaísmo. Esto explicaría también las alusiones a tradiciones judías extrabíblicas y a escritos apócrifos, como la Asunción de Moisés (cfr. Jds 9) y el Libro de Henoc (cfr. Jds 14-15).

Sin embargo, algunos piensan que se trataba de cristianos procedentes del paganismo, entre los cuales era más fácil que se infiltraran los pecados impuros que se combaten, y que los falsos profetas trataban de introducir. Posiblemente el hecho de que no se mencionen destinatarios concretos, motivó su inclusión entre las “epístolas católicas”, ya desde Orígenes.

La referencia explícita a Santiago (cfr. Jds 1) podría indicar que la carta se dirigía al mismo grupo de lectores que la de Santiago, entre los cuales éste debió de gozar de una especial autoridad.

Por falta de otros datos, éste es también el único que nos permite fijar de alguna manera la fecha de composición. En la hipótesis de que fuera dirigida a los mismos lectores, parece lógico fecharla poco después de la muerte de Santiago, ocurrida hacia el año 62. En este sentido, algunos autores opinan que debió de escribirse antes del año 70, ya que no alude a la destrucción de Jerusalén. Para otros, ese silencio no prueba nada. En cualquier caso, no estamos lejos de la verdad si situamos la datación alrededor del año 70.

### 4°.- Ocasión y finalidad

El autor se propone exhortar a los fieles a combatir por la fe transmitida de una vez para siempre (Jds 3), recordándoles lo que ya les habían predicho los apóstoles sobre la aparición de hombres malvados dominados por sus pasiones (Jds 17-18). El motivo concreto pudo ser las noticias llegadas a San Judas de que tales hombres impíos se habían introducido ya, solapadamente, en aquellas comunidades cristianas (cfr. Jds 4).

Según los datos de la carta, sus errores se referían sobre todo al campo de la moral: son impíos “que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios” (Jds 4), y que propugnan una falsa interpretación de la libertad cristiana, error que también San Pablo combatió (cfr. p.ej., Rm 6,1-15; 1 Cor 6,12 ss.; Ga 5,13s.) Se mencionan sobre todo los vicios impúdicos (cfr. Jds 4.8. 11. 13.23) y la avaricia (Jds 11.16).

En cualquier caso, parece que se trata de un movimiento aún incipiente: están produciendo divisiones (cfr. Jds 19), pero todavía participan en la vida de la comunidad (cfr. Jds 12), y al parecer existe la esperanza de poder salvar a una buena parte de ellos (cfr. Jds 22.23).

El problema de los falsos maestros y su influencia perniciosa entre los fieles se aborda también en la segunda Carta de San Pedro; entre ambas hay una gran semejanza de ideas e, incluso, de



terminología, especialmente entre Jds 4-18 Y 2 P 2,1-3,3. La comparación de ambos textos induce a pensar que la de San Judas influye en 2 P, donde se elaboran y matizan algunas de las expresiones.

### 5°.- Plan y contenido

La estructura es bastante clara. Además del saludo inicial (vv.1-2), seguido del motivo de la carta (vv. 34), y de una solemne doxología final (vv.24-25), el cuerpo del escrito tiene dos partes principales dirigidas a desenmascarar a los falsos doctores (vv.5-16) y a exhortar a los fieles (vv.17-23). En la primera sección, tras mostrar con algunos ejemplos bíblicos el castigo que espera a esos impíos (vv.5-7), recrimina su conducta blasfema y perversa (vv.8-13), para terminar recordando el juicio divino (vv.14-16).

En la parte exhortativa recuerda que, ya en su primera predicación, los Apóstoles habían predicho la aparición de falsos maestros (vv.17-19), y exhorta a fundamentar la vida sobre la fe, la oración, la caridad y la esperanza (vv.20-21). Por fin, les indica cuál ha de ser el comportamiento con quienes se han dejado influenciar por las enseñanzas impías (vv.22-23).

Orígenes señalaba que “Judas escribió una carta muy breve, pero penetrada toda ella de la divina sabiduría”<sup>59</sup>. Nos habla de que Dios es único (v.25), Padre y salvador (v.1.5), poderoso (v.25), fuente de gracia (v.4) y de caridad (v.21), también es justo (v.5ss.). Jesús es Maestro y Señor (v.4), enviado para salvarnos (v.25), habla por los apóstoles (v.17), guarda a los cristianos (v.1) y tiene piedad de ellos para que alcancen la vida eterna (v.21).El Espíritu Santo ora en el creyente (v. 20).

Habla de los ángeles, de S. Miguel (v.9), de los demonios y su castigo (v.6.9). El cristiano ha sido llamado por Dios y la fe es el fundamento de la vida cristiana (v.20). Hay que luchar por conservarla (v.3) y no separarla de la caridad (v.21). Si obra así recibirá la vida eterna (v.21), si no sufrirá el castigo divino (v.4.11.14s.). Trata también de la unidad entre ambos Testamentos y del valor figurativo de la Ley Antigua (v.5.6.7.11).

### BIBLIOGRAFIA

AA.VV. Manual Bíblico, Casa de la Biblia, Madrid 1964, v.IV, pp.318-407.410-440. J.Salguero en AA.VV. Biblia comentada, BAC, Madrid 1967, v.VII, pp.1-25.88-100.147-154.177-190.259-264. 277-283. 293-325. J.Alonso-R.Franco en AA.VV., La Sagrada Escritura, BAC, Madrid 1967, v.III, pp.197-865. O.Kuss-J.Milch, La carta a los Hebreos y Cartas Católicas, Herder, Barcelona 1968. A.Wikenhauser, El apocalipsis de San Juan, Herder, Barcelona

1969. J.Cantinat, A.Feuillet, M.E.Boismard en A.Robert-A.Feuillet, Introducción a la Biblia, Herder, Barcelona 1970, v.II, pp.506-651.613-661. J.Cantinat, M.E.Boismard, E.Cothenet en A.-George-P.Grelot, Introducción crítica al Nuevo Testamento, Herder, Barcelona 1983, t.III, v.II, pp.70-123.167-200. 127-166. E.Cothenet, Las cartas de S.Pedro, Verbo Divino, Estella 1984. J.P.Carlier, Comprender el Apocalipsis, Desclée, Bilbao 1993.

---

<sup>59</sup> Comm. in Mt. 10,17.